

Lo que las palabras recuerdan

Los códigos endolingüísticos contados desde cero

Alejandro Toledo Martínez

Un texto para leer de corrido. No hace falta saber lingüística, ni historia, ni filosofía: hace falta hablar, cosa que el lector ya hace desde niño. No hay aquí ejercicios ni instrucciones; hay una historia — la de un orden escondido en las palabras — y una manera de mirarlo. Si al terminar el lector observa su propia lengua con un poco de extrañeza, como se mira a un conocido de toda la vida del que se acaba de saber un secreto, el texto habrá cumplido.

Una palabra sale de viaje

Hace unos cinco o seis mil años, en algún lugar de las estepas que hoy reparten Europa y Asia, una mujer cargó a su hijo, y alguien nombró ese gesto con una palabra.

La lengua en que lo dijo no tenía escritura. No quedó tablilla, ni piedra grabada, ni pergamino; no quedó siquiera el nombre de la lengua, que los estudiosos llaman protoindoeuropeo a falta de otro mejor — una manera de decir *la abuela de casi todas nuestras lenguas*. Todo lo que esa gente dijo viajó siempre por el aire, de una boca a un oído, y el aire no guarda archivos.

Y sin embargo aquella palabra sigue viva.

En la India se volvió *bharati*: él lleva. En Alemania, *Geburt*: el nacimiento — lo que fue llevado en el vientre hasta llegar. En Inglaterra se repartió en varias: *bear*, llevar y también soportar; *birth*, nacer; *burden*, la carga que alguien lleva. Cinco mil años, tres continentes, cientos de generaciones que jamás se conocieron entre sí, y la palabra sigue circulando, disfrazada, dividida, irreconocible a simple vista.

Aquí aparece la pregunta que sostiene todo este texto. Si nadie escribió nada, si la palabra viajó siempre de boca en boca cambiando de forma en cada tramo, ¿cómo puede alguien afirmar en serio — no como poesía, sino como conocimiento — que *birth* y *bharati* son la misma palabra? Para sostener semejante cosa, algo tuvo que sobrevivir al viaje. Algo más duro que las modas, más terco que los siglos, capaz de atravesar imperios enteros sin pedir permiso.

Ese algo existe. Verlo no requiere ningún talento especial: requiere saber dónde mirar.

El hueso y la carne

Tomemos cuatro palabras que significan lo mismo en cuatro lenguas:

padre	father	Vater	pater
español	inglés	alemán	latín

Suenan distinto, se escriben distinto. Ahora quitémosles las vocales, como quien limpia la tierra de un fósil:

p·d·r

f·th·r

v·t·r

p·t·r

Algo se revela. Las cuatro palabras, tan diferentes vestidas, quedan reducidas casi a lo mismo: tres consonantes, siempre en el mismo orden. Y las diferencias que quedan tienen un aire de familia: *p*, *f* y *v* se pronuncian todas con los labios — de hecho el alemán escribe *Vater* pero dice *fater*, con lo cual la ortografía nos estaba mintiendo y la boca no. La *d*, la *t* y la *th* inglesa se hacen todas con la lengua en los dientes. Y la *r* final es la *r* final en las cuatro.

Lo que acabamos de desenterrar es el esqueleto de la palabra: la parte que no se pudre.

Porque una palabra, como un cuerpo, tiene carne y hueso. Las vocales son la carne: blandas, cambiantes, sensibles al clima. Cambian de un país a otro, de un barrio a otro, de una década a otra, y nadie se alarma. Las consonantes son el hueso. También cambian — nada en una lengua es eterno —, pero cambian despacio y, esto es lo decisivo, cambian *con reglas*: donde el latín ponía *p*, las lenguas germánicas pusieron *f*, y lo hicieron no en una palabra sino en cientos, todas a la vez, hace más de dos mil años. El hueso no es inmortal; es *predecible*. Y lo predecible se puede rastrear.

Por cierto: todos sabemos esto sin saber que lo sabemos. Cuando escribimos deprisa en el teléfono — *tmb*, *bn*, *q tal* — sacrificamos las vocales y conservamos las consonantes, nunca al revés, porque intuimos que el mensaje sobrevive sin carne pero no sin hueso. Civilizaciones enteras hicieron de esa intuición un sistema: el hebreo y el árabe se escriben, desde hace milenios, anotando esencialmente los huesos.

Un país de siete regiones

Demos ahora un paso más adentro — literalmente hacia adentro, porque el siguiente descubrimiento ocurre en la boca del lector.

La boca es un país pequeño con pocas regiones. Digamos despacio *p*, luego *b*, luego *f*, luego *v*: cuatro sonidos distintos, un solo lugar — los labios. Digamos *t*, *d*: la lengua toca los dientes. Digamos *k*, *g*, la *j* de *jota*: el sonido ocurre al fondo, cerca de la garganta. Están también los silbidos — *s* y sus parientes —, y las dos consonantes que fluyen sin obstáculo, *l* y *r*, que corren por la boca como agua. Y quedan las dos que zumban: la *m*, con los labios cerrados, y la *n*, con la lengua arriba.

Siete regiones. Siete familias de sonidos, y cada consonante de cada lengua humana vive en una de ellas — porque todas las bocas del mundo tienen los mismos labios, los mismos dientes, el mismo fondo.

Esta es la primera idea técnica del texto, y es también la más liberadora: una letra es un disfraz; la familia es la persona. La *p* de *padre* y la *f* de *father* son disfraces distintos de la misma familia — la de los labios —, y por eso el parentesco entre las dos palabras es invisible para quien compara letras y evidente para quien compara familias. La endolingüística, que es la disciplina de la que habla este texto, llama *clases* a estas siete familias, y las nombra con símbolos propios en lugar de letras. El motivo es más profundo de lo que parece: las letras pertenecen a cada lengua — la *p* es española, la *th* es inglesa —, pero las familias pertenecen a todas las bocas. Lo que es de todos merece un nombre que no sea de nadie.

Conviene decir ya, antes de que la tentación crezca, lo que una familia de sonidos *no* es: no es un significado. La familia de los labios no quiere decir "padre", ni "fuerza", ni nada. Es cierto que cada familia tiene algo así como un carácter — díganse tres *m* seguidas con la boca cerrada y se sentirá un adentro, un cierre; díganse *ipa!* y se sentirá algo que sale —, y ese carácter es real, la disciplina lo estudia con cuidado. Pero un carácter no es un diccionario. Quien convierte las sensaciones de los sonidos en significados de las palabras ha abandonado esta disciplina y ha entrado en otra cosa, generalmente en la numerología. Volveremos sobre este peligro, porque es el gran peligro.

El código

Ya podemos armar el objeto que da título a todo esto.

Mirar una palabra endolingüísticamente es verla en dos movimientos: primero el esqueleto — fuera vocales —, después las familias — cada consonante reducida a su región de la boca. Lo que queda es una secuencia brevísima: dos o tres familias, en un orden. Eso, exactamente eso, es un código endolingüístico.

Tierra: una consonante de dientes, luego una que fluye. *Padre*: labios, dientes, fluida. *Madre*: la que zumba en los labios, dientes, fluida. Tres palabras, tres códigos. El código es lo que las cuatro versiones de *padre* compartían sin saberlo; es el fósil que el viaje de cinco mil años no pudo destruir.

Y hay un detalle que parece menor y es el alma del asunto: el orden importa. Dientes-y-fluida no es lo mismo que fluida-y-dientes, igual que 21 no es 12 aunque use las mismas cifras. Póngase atención a esta simetría: de un lado, *tierra, terreno, territorio, terraza* — palabras de suelo, de asiento, de quietud. Del otro, el mismo par de familias invertido: *rueda, rodar, rotar* — palabras de giro, de vuelta, de movimiento. Las mismas dos notas; tocadas en un orden suenan a reposo, tocadas en el otro suenan a marcha. La disciplina llama a esto *inversión*, y no hace falta creer en ninguna teoría para sentirlo: basta leer las dos listas en voz alta, una después de la otra.

Ahora bien: si el lector está pensando "entonces dientes-y-fluida *significa* tierra", este es el momento de frenar. Ese pensamiento, tan natural, es la puerta equivocada. Lo que un código hace es más raro, más discreto y — cuando se entiende — más hermoso que significar. A eso vamos.

La brújula

Un diccionario dice lo que una palabra significa. Un código no dice nada semejante, y no por modestia sino por naturaleza: un código orienta. Señala una zona — *las palabras que me llevan tienden a vivir por aquí* — sin dictar qué hay en la zona. Es la diferencia entre un mapa del tesoro y una brújula: el mapa promete el cofre; la brújula solo jura el norte, y lo que haya al norte lo dirá el terreno.

¿Y quién es el terreno, en el caso de las palabras? El uso. Las frases reales donde las palabras viven, lo que la gente efectivamente hace con ellas. El código dice *dónde mirar*; el uso dice *qué se ve*. Ese reparto de trabajo es la regla más importante de toda la disciplina, y quien lo invierte — quien decide primero qué "significa" un código y después obliga a las palabras a obedecerlo — ya no está observando la lengua: está dictándole.

Hay una prueba elegante de que el código no significa, y la ofrece la propia historia. Existe un código que aparece en el latín *calidus* — caliente — y también en el alemán *kalt* — frío. ¿Se contradice? Solo si esperábamos que significara. Si entendemos que orienta, la aparente contradicción se vuelve información: el código señaló un eje — la temperatura — y cada lengua caminó ese eje hasta una punta distinta. Una brújula que marca el eje norte-sur no queda refutada porque un viajero vaya al norte y otro al sur; queda confirmada.

Ahí está, entonces, la primera función de un código, dicha completa: no es un significado sino un señalador de campos, una flecha hacia regiones del sentido que cada lengua — y cada época, y en el fondo cada hablante — recorre a su manera.

El hilo

La segunda función es la que resuelve el misterio con que abrió este texto.

¿Cómo se sabe que *birth* y *bharati* son la misma palabra? Los historiadores de la lengua lo demostraron

con un método comparativo minucioso, que lleva siglo y medio de trabajo fino y es una de las grandes hazañas silenciosas de la ciencia. Pero si se pregunta qué fue lo que ellos pudieron rastrear — qué sobrevivió al viaje para que hubiera algo que comparar —, la respuesta es exactamente lo que este texto ha estado construyendo: no sobrevivieron las vocales, que se perdieron pronto; no sobrevivieron las letras, que ni existían; sobrevivió el esqueleto de familias en su orden. Labios, luego fluida. En *bear*, en *birth*, en *burden*, en *Geburt*, en *bharati*: bajo todos los disfraces, el mismo hueso.

El código es, pues, el hilo que no se rompe: lo que permite seguir a una palabra por el laberinto de los siglos cuando todo lo demás — sonido, forma, ortografía, imperio — ha cambiado. La endolingüística no dibujó el laberinto; eso lo hizo la lingüística histórica, y este texto le debe esa reverencia. Lo que el código aporta es la linterna: una manera de ver, de un solo vistazo, lo que permanece.

Y este hilo tiene un regalo práctico, que conviene contar aunque sea de paso. Las lenguas hermanas — el español y el inglés lo son, por caminos largos — heredaron miles de palabras del mismo arcón, y el código sobrevive en casi todas. Quien aprende a verlo deja de aprender vocabulario extranjero palabra por palabra, como quien acarrea piedras, y empieza a *reconocerlo*: sabiendo que donde el español pone *p* el inglés suele poner *f*, las parejas *padre/father*, *pie/foot*, *pez/fish*, *pleno/full* dejan de ser cuatro datos y se vuelven cuatro asomos de una sola regla. No se memoriza la lengua ajena: se la reencuentra. Hay todo un método de enseñanza construido sobre esta experiencia, pero es asunto de otro texto; aquí baste el destello.

El espejismo

Toda facultad poderosa tiene su sombra, y la de este juego de ver parentescos tiene nombre propio: apofenia — la tendencia humana a ver conexiones donde no las hay. Es la misma inclinación que encuentra rostros en las nubes y mensajes en las matrículas de los autos. No es una enfermedad de otros: es el precio de tener una mente que busca patrones, es decir, de tener una mente.

Y aquí hay que ser muy honesto: la apofenia no es lo contrario de lo que este texto enseña. Es su motor sin frenos. La misma capacidad que conecta *padre* con *father* — acierto, son parientes documentados — conecta *embarazada* con *embarrassed*, que se parecen muchísimo y no comparten sangre: quien confíe en ese parecido dirá en inglés que está “avergonzada” cuando quiso decir otra cosa, y el error tiene gracia precisamente porque el mecanismo mental que lo produjo es idéntico al que produce los aciertos.

¿Qué separa entonces el hallazgo del espejismo? No la operación, que es la misma — ligar lo que estaba suelto —, sino el árbitro. En este juego el árbitro es la historia: el parentesco de *padre* y *father* no es una impresión sino un hecho, documentado eslabón por eslabón; el de *embarazada* y *embarrassed* no existe, y un diccionario etimológico lo dice en un minuto. La disciplina entera puede resumirse en ese gesto doble: ver la conexión y preguntarle a la historia si es real. Ver sin preguntar es delirar con método; preguntar sin ver es no jugar.

Queda un territorio intermedio, y callarlo sería deshonesto. Hay lecturas que la historia no garantiza pero que tampoco son delirio: sentidos que uno *construye* y sostiene, declarándolos como lo que son. La propia disciplina ofrece un ejemplo querido: *casa*, *caer*, *caso*, *causa* comparten esqueleto, y puede leerse un hilo entre ellas — la *casa* como el lugar donde uno finalmente *cae* para descansar; el *caso* como lo que cae ante nosotros; la *causa* como aquello por lo que las cosas caen de un lado y no de otro. ¿Es esto un hecho histórico? No, y nadie lo presenta como tal. Es una interpretación: un sentido edificado, que vale lo que valga su capacidad de iluminar, y que se distingue del espejismo por una sola cosa — la honestidad del gesto. El espejismo dice “esto *significa* aquello” donde no hay nada; la interpretación dice “esto *puede leerse* así” y responde por su lectura. Entre el hecho y el delirio hay un tercer registro, el de la lectura declarada, y buena parte de la vida del sentido — en la poesía, en los sueños, en lo que un pueblo dice sin saber que lo dice — ocurre justamente ahí.

Lo que permanece

Falta la pregunta final, la que el lector atento lleva ya varias páginas incubando.

Si el código de aquella palabra de las estepas sigue siendo legible después de cinco mil años — si sobrevivió a la caída de todos los imperios que lo pronunciaron —, entonces los códigos... ¿existen? ¿Están *en* las lenguas, como están las palabras?

La respuesta de la endolingüística es más fina que un sí y más interesante que un no, y se puede decir con una imagen de astrónomos. Las coordenadas celestes — esas líneas con que la astronomía cuadricula el cielo — no existen en el cielo. Ninguna nave las cruzará jamás. Son un instrumento, una invención nuestra; y sin embargo, sin ellas no podríamos seguir el movimiento de una sola estrella. Las coordenadas no son las estrellas. Pero las estrellas, esas sí, están ahí.

Con los códigos pasa lo mismo. El código es instrumento: no está en las palabras, está en nuestra manera de mirarlas, y por eso se escribe con símbolos que no pertenecen a ninguna lengua. Pero algo — algo que no es el código — sí está ahí. Algo real viajó cinco mil años dentro de las palabras de *llevar*; algo se conservó cuando todo lo demás se perdía. No es una palabra, porque las palabras cambiaron todas. No es un significado, porque los significados se repartieron y derivaron. No es un sonido, porque hasta los sonidos rotaron. Es una continuidad estructural: una forma que persiste bajo las formas. El código no la crea y no la es; la detecta, como el telescopio detecta la estrella sin ser la estrella.

¿Y qué es, en el fondo, esa cosa que permanece? Aquí este texto llega a su límite y lo dice sin sonrojo: todavía no lo sabemos.

Lo que sí tenemos es una dirección. La búsqueda no avanza a ciegas: la orienta una investigación filosófica propia — la *metafísica cuálica*, una filosofía de la cualidad: de eso que las cosas tienen antes de que podamos contarlas o medirlas —, que sospecha que lo que viaja dentro de las palabras pertenece a ese orden: al de las cualidades que se sienten, no al de las cantidades que se suman. Nótese la simetría, porque es hermosa: la filosofía hace con nuestra pregunta exactamente lo que el código hace con las palabras — no dicta la respuesta; señala hacia dónde mirar.

Y la pregunta sigue abierta, que es su manera de estar viva — porque una ciencia sin pregunta abierta no es una ciencia sino un catecismo. El lector que llegó hasta aquí sabe ya usar una mirada que detecta algo que aún no tiene nombre. No es poco: así han empezado casi todas las cosas que después supimos.

La mujer de la estepa se perdió para siempre; su voz, su lengua, hasta el nombre de su pueblo. Pero aquello que su palabra llevaba dentro — el hueso bajo la carne, la forma bajo las formas — sigue de viaje. Pasó por *bharati* y por *Geburt*, pasa ahora mismo por *birth* en algún hospital, y pasará por bocas que todavía no nacen. Cada vez que decimos que alguien *lleva* algo — una carga, un hijo, un apellido —, algo antiquísimo nos atraviesa la boca sin pedirnos permiso.

Las palabras recuerdan. Este texto quiso mostrar apenas dónde guardan la memoria.

Nota final

La endolingüística no nació con este texto. La disciplina fue fundada por Christiane S. Meulemans y Jose Ángel Elias. El autor de estas páginas llegó después: la heredó, la ordenó y le añadió algunas piezas propias — entre ellas, las siete familias de sonidos con las que aquí jugamos —. La casa, sin embargo, es más grande de lo que este texto deja ver: tiene reglas precisas, definiciones cuidadosas y preguntas que todavía se discuten. Estas páginas son apenas la puerta.

Y queda una deuda por nombrar, la más grande. Nada de lo contado aquí se sostendría sin la lingüística histórica: la ciencia que lleva más de siglo y medio reconstruyendo, eslabón por eslabón, el viaje

de las palabras. Ella dibujó el mapa. La endolingüística enseña una manera de recorrerlo.

Al lector que se quedó con ganas, una sola sugerencia, que no requiere comprar nada ni inscribirse en ningún lado: esta noche, elija una palabra cualquiera de las tuyas. Quítele las vocales. Mire el hueso. Y pregúntese de dónde viene — cuánto habrá viajado para llegar, precisamente hoy, precisamente a usted.